á todos, participación en la suerte, si por acaso fuese favorable.

—Es verdad, señora; —contestó Margarita.

Y jamás ha llegado á mi oído y á mi corazón un acento de tan profunda tristeza como el de la costurera al responder á la Marquesa.

—¡Jesús!—exclamó ésta;—¿tiene usted aversión á la lotería?

—Sí, señora.

—Pero, ¿por qué?... ¡Ay! perdone usted, Margarita, esta pregunta de mi curiosidad; yo no tengo derecho á saber lo que usted no quiere decir.

Y ya Margarita no podía contener las lágrimas.

La Marquesa calló unos momentos, respetando el dolor de la pobre mujer, y luego se levantó, y acercándose á ella, le cogió una mano y le dijo con cariño:

—Vamos, Margarita, no llore usted así, que me da mucha pena. ¿Qué le ha pasado? ¿Qué desgracia tan grande pesa sobre usted que de tal suerte le aflije? Puede usted hablar con toda franqueza...

—Si Margarita—dije—no quiere que yo sepa sus penas, me retiraré.

—No,—dijo la costurera—no es ningún misterio.

—Yo ofrezco á usted—dijo la Marquesa ca-

riñosamente á Margarita—que he de hacer cuanto pueda...

—Señora, nada puede usted,—contestó Margarita antes que la Marquesa terminara la frase.

—¿Tan grande es el infortunio de usted?...

—¡Oh! tan grande.

—Parte de mi fortuna daría por remediarlo, —dijo la noble Marquesa—y no digo toda mi fortuna, porque tengo hijos.

—Señora,—contestó Margarita—la fortuna no es para mí. Es usted tan buena, señora, le agradezco tanto su buena voluntad, que voy á satisfacer la curiosidad de usted.

—No es curiosidad ahora, antes lo era; ahora es interés, verdadero interés que me inspira usted.

—Gracias, señora mía.

Margarita, limpiándose á cada momento con el pañuelo los ojos, sin lograr detener las lágrimas, comenzó su triste historia.

—Hace años, muchos años ya, era yo la muchacha más dichosa de la tierra. Vivía con mis padres pobremente, porque nunca hemos tenido más que nuestro poco productivo trabajo; pero vivíamos contentos. Nos queríamos mucho, y en casa había paz y amor. ¿No es esta una felicidad acaso mayor que la de la riqueza?

—En efecto, Margarita—observó la Marquesa.

—Yo tenía un novio que me adoraba y al

que adoraban mis padres como á un hijo, porque era bueno y valiente, honrado y generoso. Estaba concertado nuestro casamiento para cuando cumpliera en el ejército. Era sargento, querido de sus jefes y de los soldados por sus buenas cualidades, y tan gallardo que, como decía mi madre, daba gloria verle. El amor que me tenía era tan grande, que todo le parecía poco para mí. Lamentábase de no ser rico, de no tener posición, de no poder ofrecerme otro bien que el fruto de su trabajo de ebanista, en que era habilísimo, y al que tendría que volver cuando dejase el servicio militar.—«Si yo fuera oficial siquiera, seguiría la carrera de las armas, me decía, y te juro que había de llegar á general, para que tú fueras una generala hecha y derecha», y otras veces exclamaba:—«¡Si quisiera Dios que me tocase el premio grande de la lotería!»—Y siempre jugaba, esperando ser rico por la lotería. Mis padres y yo tratábamos de disuadirle de sus ideas de ambición; le demostrábamos que no necesitaba obtener las ventajas que codiciaba para ser querido; le encarecíamos lo decoroso y productivo de su oficio, y yo, le reñía como se riñe á quien se adora, para que no fuera codicioso más que de mi amor. Pero era una idea fija la suya ser oficial, trocar el fusil por la espada y el capote por la levita, ó sacar un premio de la lotería. Y todo por mí, porque todo le parecía poco para mí.

Margarita calló un momento, porque la ahogaban los sollozos.

—Un día, continuó, vino á verme y me pareció muy animado, y más que animado, muy aturdido.—«Margarita, me dijo, no lo creerás, pero me parece que pronto voy á realizar mi deseo».—¿Cómo? le pregunté. ¿Vas á ser oficial?—«Probablemente voy á ser capitán».—¡Qué disparate! exclamé.—«¿Disparate?» Pues mira.» Y me enseñó un papel.—«¿Qué es eso?...—«Esto es un despacho de capitán.»

Yo quedé aturdida. Parecíame sumamente raro que desde sargento que era pudiese ascender nada menos que á capitán; pero me habló tan cariñoso, tan enamorado, y mostraba tal seguridad de obtener la fortuna á que aspiraba, que ya no me atreví á hacerle observación alguna. Sin embargo, cuando me separé de mi amado Pablo comenzaron mis inquietudes, y sentí una ansiedad, un sobresalto tan grande, que llorando pasé toda la noche y no pude conciliar el sueño; latía mi corazón agitado á impulsos de un doloroso presentimiento, y hubo instantes en que de tal suerte creció mi angustia, que estuve á punto de ir á despertar á mi padre y decirle:—«Padre, padre, Pablo debe estar en peligro... Padre, ayúdeme usted á salvar á Pablo».—¡Ojalá lo hubiera hecho! Yo no sabía qué peligro le amenazaba, pero mi leal corazón me lo decía á grandes voces.

¡Ay! ¡Nunca me ha engañado mi corazón!

Otra vez se vió obligada la triste mujer á suspender su narración. La Marquesa y yo estábamos fuertemente impresionados ante aquella desdichada criatura, cuyo infortunio debía ser incomparable é inmerecido, porque Margarita era, sin duda, una dignísima, una adorable mujer.

—El día siguiente, continuó Margarita, volvió á verme, y volvió á insistir en las ideas expresadas en nuestra anterior entrevista, y sacando de su cartera tres décimos de la lotería, que se sorteaba pocos días después, me los dió, diciéndome:—«Guárdalos; he soñado esta noche que me había caído parte del premio grande y en cuanto he salido he comprado esos décimos. A ver si Dios quiere que sea verdad mi sueño».—Tomé los décimos llena de angustia, porque todo lo que parecía á Pablo de venturoso augurio, parecíame, por secreto presentimiento, ocasión de alguna gran desgracia que nos amenazaba.

Pablo estuvo á mi lado más tiempo que de ordinario, y, al separarnos, me cogió la mano, y sin poderlo yo evitar, me atrajo á sí y estampó en mi frente un beso; el primero y el último; porque mi pobre Pablo murió dos días después.

—¡Desgraciado!—exclamó la Marquesa.

Margarita, haciendo un supremo esfuerzo, continuó:

—El día siguiente al de nuestra última entrevista hubo en Madrid grande alarma, y mi padre vino diciendo que la tropa se había sublevado. Todo concluyó pronto, todo, y Pablo, que olvidó sus deberes militares, fué fusilado á las pocas horas de terminado el motín, con otros infelices engañados como él. ¡Pablo de mi alma! Porque todo le parecía poco para mí, porque era su afán más vivo darme toda la mayor felicidad, se comprometió en aquella desdichada empresa, y en un punto acabaron su vida y mi ventura. Yo estuve muy enferma, entre la vida y la muerte, y mis pobres padres hicieron por mí todo género de sacrificios, lleváronme fuera de Madrid, á un pueblo donde tenía un tío sacerdote, y allí estuve once meses, y gracias al buen consejo de este hombre excelente y al amor de mis padres, recobré salud bastante para poder trabajar, que debo trabajar para mis padres. ¡Oh, si ellos no hubieran vivido, la desesperación habría acabado con mi vida.

—¿Y los décimos de la lotería?—preguntó la Marquesa, después de unos momentos de silencio, á la desgraciada Margarita.

—Los décimos de la lotería los olvidé. Durante algunos meses de mi enfermedad, ni un momento vino á mi memoria el recuerdo de aquellos malditos billetes. Luego, un día, pensando en mi desdichado prometido, que era mi pensamiento único, recordé el obsequio que me

había hecho, y en vano procuré recordar dónde los había guardado. No imaginaba yo siquiera que hubieran sido premiados aquellos décimos, no codiciaba seguramente la ganancia que en ese caso había de recoger, y que no hubiera podido entregar á ningún heredero de mi Pablo, porque éste, para ser en todo infeliz, había perdido á sus padres hacía tiempo y no contaba otros parientes; únicamente quería conservar siempre aquellos billetes, porque me los había dado Pablo. Pero nada, por más que torturaba mi imaginación, no podía recordar dónde los había puesto. Volví á Madrid, pasó tiempo, y los décimos no parecieron.

—¿Y no han parecido?—preguntó la Marquesa.

—Aquí están,—dijo Margarita, sacándolos del pecho,—nunca los separo de mí; aquí están estos décimos que Pablo había visto en sueños premiados con un dineral.

—¿Y dónde estaban?

—Señora, un día que mi padre estaba gravemente enfermo y yo no tenía trabajo, y la miseria se posesionaba de nuestro hogar, buscando qué vender ó qué empeñar, á fin de obtener recursos para atender á mi padre, fijé la vista en un bonito costurero que mi madrina me había regalado y que yo no usaba, y servía de adorno en nuestra salita. Pensé vender el costurero, abrí un cajoncito que tenía, y que yo

lo había forrado de papel de color, levanté este papel, y debajo estaban los décimos.

—¿Y habían sido premiados?

—No lo imaginé, siquiera; pero mi pobre madre me invitó á que lo averiguara, porque si habían sido premiados, en aquellas circunstancias nos era, más que nunca, necesario algún auxilio. Yo me negué á intentar saber si la suerte había favorecido aquel número, pero pasaron más días, y cada vez fué más precaria nuestra situación, á tal extremo que una mañana salí con los décimos y entré en la primera lotería. Pregunté al lotero si estaban premiados, sacó unas listas, buscó el número, y me dijo:—«¿Dónde ha encontrado usted esos décimos?—Son míos, contesté.—¿Y ahora viene usted á ver si le ha tocado la lotería? Hace un mes habría usted cobrado quince mil duros, pero ahora ya han caducado. Ha pasado el año con exceso».—Esta es la historia, señora.

—¡Jesús!—exclamó la Marquesa—¡qué desgracia!

—Crea usted que no sentí perder aquella suma. ¡Mi Pablo fusilado y yo con una fortuna tan grande!... No hubiera podido hacer nada de ese dinero. Habría sufrido mucho más que he sufrido. He consagrado mi vida al trabajo para mantener á mis padres; cuando ellos me falten, que ya no podrán vivir mucho, seré hermana de la Caridad. Dios sabe lo que hace; cúmplase

la voluntad de Dios. Desde entonces no he jugado nunca á la lotería, y esta es la razón por que, al decirme el mayordomo que se me daría parte en la jugada de la lotería con que usted, bondadosa señora, obsequia en esta época del año á los que tienen la honra de servirla, me he opuesto con todas mis fuerzas. La lotería es para mí ocasión de agudísimo dolor y profundo pesar. ¡Qué felices hubiéramos sido Pablo y yo!... ¡Bendita sea la voluntad de Dios!

—Margarita,—dijo la Marquesa profundamente conmovida—usted no saldrá nunca de mi casa.

—Doy á usted gracias, señora, por su bondad, pero he jurado consagrarme á la caridad en cuanto la muerte de mis queridos padres me releve del deber que hoy cumplo, manteniéndoles y cuidándoles, con la ayuda de Dios, que no me abandona y que me ha dado fuerzas para soportar mi infortunio.

No hace mucho, en uno de mis viajes, visitando un hospital militar, encontré á Sor Margarita á la cabecera de un pobre moribundo.

La costurera había cumplido su propósito.

LA BOFETADA

I

Si en este bajo mundo puede haber seres venturosos, Luis era uno de ellos.

Había llegado á los treinta y cinco años sin separarse jamás de sus padres, dos viejecitos que le adoraban y todavía le mimaban como cuando era inocente y delicado niño, alegría de la casa. En sus estudios había logrado siempre los más preciados premios. Era buen orador, poeta de alto vuelo, filósofo cristiano, abogado de pobres, porque no necesitaba serlo de los pudientes, y se había unido en matrimonio con una señorita hermosa de cuerpo y de alma, exenta de toda coquetería y de todo vicio de educación, que como hija propia la recibieron y amaron los viejecitos, y le hicieron, para mayor ventura, gustar las delicias del amor paternal, hasta entonces por ella desconocidas, porque había perdido á sus padres cuando sólo tenía dos años.

La Providencia, complaciéndose sin duda en que la dicha de Luis fuese todo lo completa que puede ser en este valle de lágrimas, le hizo padre de un niño, que era por su hermosura y por su condición un ángel del cielo.

La casa de Luis parecía la mansión de la felicidad.

Gozaban los dos viejos una salud envidiable. Amábanse entrañablemente, con pasión, bendita y dulcísima pasión que el tiempo, que todo lo debilita y destruye, avivaba en aquellos dos corazones siempre jóvenes y sensibles. Creían ellos que como amaban á su hijo Luis, el único que habían tenido, no podrían amar á ningún otro sér en este mundo. Pero vino á casa la nuera, y amáronla también, y vino luego el nieto, y entonces sintiéronse rejuvenecidos, y volviéronse locos de alegría considerando que, á sus años, Dios les había concedido otro hijo... Hijo le llamaron siempre y no nieto, porque, sintiéndose jóvenes aunque eran viejos, no querían que se les llamase *abuelos;* esto les sonaba como si les llamasen viejos, decrépitos, caducos. Pusieron, pues, todo su empeño en que Luisito, que este era también el nombre del niño, llamase á su padre *papá Luis*, y á su abuelo *papá Lorenzo*, y á su madre *mamá Elvira*, y á su abuela *mamá Concha*.

Era, pues, Luisito un niño afortunado, que tenía dos padres y dos madres, empleados todo

el santo día en colmarle de caricias y en procurar su ventura.

—¡Picarillo—decíale jovialmente *papá Lorenzo*—no te quejarás de tu suerte! Dos padres y dos madres tienes para tí solito, que por tí darían los cuatro toda la sangre de sus venas.

Y el niño, en los brazos de *mamá Concha*, que le había tomado de los de *mamá Elvira*, le miraba con sus grandes ojos azules, sin entender lo que le decía, y le sonreía con su preciosa boca de ángel de Murillo... Y el viejo no se podía contener y arrebataba la criatura de los brazos de su mujer, y le daba cien besos en la cabecita rubia, y se le llevaba, siguiéndole las dos madres con los brazos abiertos para recobrarle.

Cuando salían juntos los abuelos, no hablaban de otra cosa que de su niño, ni se fijaban más que en los niños que veían en brazos de sus madres ó de las niñeras, no encontrando jamás ninguno que se pareciese al suyo, más hermoso que todos, y llevaban los bolsillos repletos de monedas de cobre para dar limosna á todos los niños que la pedían.

Si hacían una visita, no sabían hablar más que de su niño; contaban todas sus gracias y monerías, ponderaban su inteligencia maravillosa, remedaban su lenguaje, como si esto hubiera de interesar poderosamente á los que no gozaban la dicha de ser padres ni abuelos de la criatura, y en cuanto otra persona, que no te-

nía nieto ó no creía correcto hablar sólo del arrapiezo, empezaba á hablar de política, ó de teatros, ó de artes, levantábanse los dos viejos enamorados y se despedían, á pretexto de que, habiendo dejado solo al niño con su madre, les urgía volver á casa.

El niño creció sano y robusto, cada día más hermoso, y hace tres años tenía seis, y era un encanto...

II

Luis, joven, rico, escritor, poeta, orador, filósofo, no había de limitarse á ser únicamente abogado de pobres, bien que esta era una profesión doblemente honrosa y digna de un hombre de elevados y generosos sentimientos. Veía á todos sus amigos emprender la carrera política. Muchos, que no tenían sus condiciones, que habían sido malos estudiantes, jóvenes viciosos y desordenados, hacían ya papel más ó menos lucido en la escena política, peroraban de lo lindo y decían con gran desparpajo los mayores dislates en el seno de la Representación nacional, á la faz del mundo entero, dislates á que él no podía contestar, aunque se le pasaban terribles ganas... Vió encumbrarse las más superiores nulidades y las más descocadas osadías, y sintió, no baja envidia, pero sí el noble impulso de ir á combatirlas en su terreno,

en la arena candente, como diría un cunero, de las luchas políticas. Allá en tierra de Castilla la Vieja tenía *papá Lorenzo* valiosas fincas, y colonos y renteros que le debían gratitud por los beneficios que siempre les había dispensado con generosa voluntad, y esta era una base suficiente, en su entender, para lograr un acta de diputado. Comunicó Luis á su padre el proyecto, que pareció acertadísimo á D. Lorenzo, y allá se fué el aspirante á candidato á solicitar dignamente los votos de la gente buena de aquel país, donde su nombre era muy conocido y respetado... Mucho hizo, ciertamente, la gratitud que á su padre debían no pocos de los electores, pero mucho más hicieron para su triunfo la gallardía y desprendimiento con que repartió las monedas de cinco duros, y la notable largueza con que pagó las cuentas de los alboroques, comidas y meriendas de las reuniones electorales en que se proclamaba su candidatura. Y aun así, habiéndose hecho previamente el recuento de los votos que obtendría su nombre por un experto cacique de la cabeza de partido, resultó con cien votos menos el día de la elección; es decir, que cien sujetos de los que habían comido y bebido hasta hartarse por cuenta de Luis, votaron á su contrincante el ministerial, que no se había movido de Madrid ni les había dado un céntimo, que para él necesitaba muchos, pues no tenía ni sobre qué caerse

muerto, y muerto acaso se habría caído si el Gobierno no le hubiese prometido que, en siendo diputado, le daría un destino de 12.500 pesetas, y con esta promesa había encontrado un redomado usurero que le prestase para ir tirando hasta la época en que entrara en posesión del sueldo ofrecido. Luis derrotó, sin embargo, al candidato ministerial, que hubo de quedar para segunda elección en otro distrito, donde sería tan cunero como en el que había naufragado... El hombre se vengó de la derrota escribiendo en un periódico que Luis era un triste abogadillo de pobres, sin historia. Pero, ciertamente, mejor era no tener historia que tenerla tan mala como la del vencido candidato. Y no extrañe el lector que fuese vencido un candidato ministerial; lo fué porque era uno de esos cinco ó seis candidatos ministeriales que el Gobierno, empeñado en unas elecciones generales, suele dejar caer, para proporcionarse un argumento que oponer á los que luego han de culparle de haber influído escandalosamente en el resultado de la gran contienda.

Luis fué diputado, y con su talento, sus bellas prendas de carácter, su excelente disposición para sacar de apuros á cualquiera y su buena voluntad para recibir *sablazos*, pronto ganó grandes simpatías entre amigos y adversarios políticos, y el mismo Gobierno puso empeño en atraer á su campo un diputado de tan

excepcionales condiciones de carácter é inteligencia, y de quien tenía la seguridad de que no había de ser, como otros, un mendigo de empleos y de todo linaje de gracias y mercedes.

Para personas como Luis, la diputación no ofrecía otras ventajas que la de trabajar mucho y no tener un momento libre que dedicar á la expansión de los purísimos afectos de la familia. Luis recibía y contestaba cien cartas á lo menos cada día; á todas las comisiones importantes del Congreso pertenecía; cuarenta ó cincuenta personas pretendían verle diariamente, y, en fin, los pocos momentos que no le tenían gravemente ocupado estas obligaciones, necesitaba consagrarlos al estudio de las cuestiones políticas y económicas que se trataban en la Cámara para la ventura de la patria, vamos al decir. Era, pues, el bueno de Luis un personaje político importante, y *papá Lorenzo* y *mamá Concha* regocijábanse, llorando de alegría, con la seguridad de que no se irían de este mundo sin la satisfacción incomparable de ver á su hijo ministro de la Corona.

III

Mamá Elvira, la amantísima esposa de Luis, el futuro Consejero de la Corona, como decía don Lorenzo para dar más importancia al cargo, no era tan dichosa como los abuelos, pues, aunque le halagaban los triunfos de su marido, sentía que estos triunfos alejábanle de ella, que ya no le veía como antes mirándose en los ojos de la dulce esposa horas enteras, toda vez que las veinticuatro de cada día las necesitaba para los asuntos públicos y para los particulares de los demás. Pero se resignaba por no disgustar á los abuelos, que, contagiados de la vanidad, ya no cabían en el pellejo, y para no contrariar á Luis, que tan brillante posición adquiría rápidísimamente. Elvira tenía el supremo consuelo de todas las penas y contrariedades de una madre; el hijo idolatrado, cada día más hermoso y más adorable.

Llegó la Semana Santa y suspendiéronse por unos días las sesiones del Congreso, y gran número de padres de la patria aprovecharon la ocasión de ir á sus pueblos respectivos á visitar su hacienda y á sus electores. Luis no quedó enteramente desocupado. Iba á plantear, en cuanto volviera á abrirse la Cámara, una cues-

tión grave que había de dar en tierra con el Gobierno, ó no existía justicia en la tierra, y los días de vacación le venían de perlas para empaparse bien en el asunto, consultar *Gacetas*, *Diarios de Sesiones* y otros textos, donde hallaría primorosos argumentos contra el Ministerio, y particularmente contra el ministro de la Gobernación, á quien pensaba combatir con sus propios actos y sus propias opiniones de otro tiempo en que no era ministro; como si Luis ignorara que es cosa corriente y usual, que á nadie asombra ni sorprende, pensar un hombre cuando es ministro lo contrario que pensó antes de serlo y que pensará cuando no lo sea.

Sobre su ancha mesa de despacho reunió los tomos de *Gacetas* y del *Diario de Sesiones*, la *Colección legislativa*, el *Alcubilla*, los *Presupuestos* de dieciocho años, y comenzó el ímprobo trabajo de rebuscar datos en aquellos libros, operación en que invirtió muchos días, haciéndolo muy á conciencia, y señalando en cada uno la página donde se hallaba el dato que, reunido con otros muchos, había de utilizar para confundir y dejar maltrecho y derrotado al ministro de la Gobernación; hizo gran provisión de tiritas largas de papel encarnado, amarillo y azul, y éstas fueron las señales que puso en los libros, porque así le sería muy fácil después ir anotando en un pliego de papel todos los datos acusadores, todos los textos con que había de tapar la

boca al gobernante inconsecuente y hacer el proceso del Ministerio entero.

Los abuelos y su mujer, que veían estaba ocupado en trabajo de tamaña trascendencia, no entraban en el despacho por no distraerle, ó si pasaban por delante de la puerta, andaban de puntillas sin atreverse á respirar, y hubieran querido poder enarenar la calle y prohibir la música de los organillos para que ningún ruido del exterior llegase á perturbar al gran político en su tarea, tan patriótica y meritoria como inútil. Al niño, que no se daba cuenta de los motivos de aquel silencio misterioso, de aquel hablar bajo y pisar con la punta de los pies, dijéronle: «Luisito, cuidado cómo entras en el despacho de papá; cuidado con que vayas á incomodarle!...» Y como no le daban otras explicaciones, la pobre criatura no entendía de qué se trataba, y poco le faltaba para echarse á llorar creyendo que á su papá, encerrado en el despacho todo el día, le pasaba algo grave. No le gustaba aquel misterio, y en la pura y tersa frente del pequeñuelo había como la sombra de un triste presentimiento.

Era la tarde del sábado de Gloria. Los abuelos fueron á la casa inmediata á visitar á una amiga enferma, y *mamá Elvira* había ído á la de la modista, muy cerca también, para elegir entre los modelos llegados de París un sombrero que luciría en la sesión del Congreso en que su

amante esposo iba á pronunciar el discurso con que se proponía matar al Gobierno en menos tiempo que Rafael ó Salvador despachan un berrendo querencioso y mal intencionado.

La tarde era fría y lluviosa, y por esto no llevaron el niño en su compañía los abuelos ni su madre. Dejáronle muy entretenido preparando una gran batalla entre soldados franceses y alemanes, todos de plomo, y encargáronle que se estuviera quietecito, y «¡cuidado con ir á molestar á papá!...» Los abuelos le prometieron traerle de la tienda de juguetes un bizarro gimnasta, con precioso traje de seda azul, que daba vueltas en el trapecio y ejecutaba otros primores de agilidad, con lo que reunía delante del escaparate mucha gente hacía días, divertida en ver moverse con extraordinaria precisión por oculto ingenioso mecanismo la gentil figura.

Apenas quedaron solos en la casa con los criados el diputado y su hijo, llegó una visita intempestiva, pero á la que Luis no podía menos de recibir, y no queriendo recibirle en el despacho, dijo al criado introdujera al visitante en el gabinete. El niño salió con su infantil inocente curiosidad á ver quién venía, y viendo que en el despacho no estaba ya su papá, entróse en él instintivamente. Sin duda, aquella habitación tenía para la tierna criatura el atractivo poderoso de lo prohibido y del abismo.

IV

El precioso *clown* con traje de seda azul y caperuza amarilla, que daba vueltas en el trapecio y se quedaba luego colgado de los pies y hacía otras diabluras, no logró de Luisito la buena acogida que era de esperar. *Papá Lorenzo* y *mamá Concha*, que habían vuelto á casa tan ufanos, gustando anticipadamente el placer que les habían de causar el entusiasmo y la alegría del pequeñuelo al verse poseedor de juguete tan maravilloso, por el que habían pagado gustosos 200 pesetas, quedaron suspensos y llenos de asombro al ver al niño mirar al *clown* con indiferencia, con tristeza. Preguntáronle qué tenía, y el niño contestó grave: «Nada.» Preguntaron á los criados, y éstos dijeron que nada había pasado, con lo que los viejos llenábanse de confusiones, y no sabían qué pensar de la actitud del niño ante un juguete que era el encanto de cuantos le veían. Salió Luis del despacho, se sentó en el gabinete, tomó en brazos á su hijo, le puso sobre sus rodillas delante del velador donde estaba el muñeco esperando que le dieran cuerda para hacer todas sus habilidades; y tan buena maña se dió Luis, y tan graciosas explicaciones á su hijo sobre el mecanismo del *clown*, entre caricia y caricia, que al fin el ángel de

Dios se sonrió, echó los bracitos al cuello de su padre, y le dió tantos besos, que aquella explosión de amor filial enterneció á Luis de tal suerte, que lloraba al mismo tiempo que reía, correspondiendo con toda la ternura de su corazón de padre á las puras y delirantes caricias del niño. Los abuelos seguían serios y confusos viendo aquella tierna escena, y esperando que el niño les desagraviara, y así lo hizo luégo desprendiéndose de los brazos de Luis para caer en los de *papá Lorenzo* y *mamá Concha*, y los tres juntos, aquel niño candoroso que empezaba la vida, y aquellos dos ancianos, candorosos también, que ya se inclinaban hacia la tierra, formaban el grupo más tierno y encantador, la expresión más poética y verdadera de los más puros afectos... Instantáneamente, en medio de la dulce expansión de cariño, olvidaron la actitud singular de tristeza, sorpresa y sobrecogimiento en que encontraron á Luisito, y no volvieron á hablar de lo que, sin duda, había sido una genialidad de niño, ó acaso había querido embromar á sus abuelitos aparentando unos momentos la seriedad y la indiferencia que eran tan impropias de su carácter alegre, franco y expansivo.

El día siguiente, ¡qué desolación, qué alarma, qué trastorno en la casa! El niño no estaba bueno; cuando se levantó, su madre advirtió en su fisonomía algo extraño; le preguntó, y el

niño confesó que le dolía la cabeza... Llevóle *mamá Elvira*, como todas las mañanas, á dar los buenos días á su padre, y éste, al besar al niño con más efusión que nunca, exclamó alarmado: «¡Jesús! este niño arde, tiene calentura.» En efecto, el niño estaba febril y se llevaba las manos á la cabeza, como si por tal modo quisiera aliviar la pesadez que sentía en el cerebro. El niño fué llevado á la cama, y seguidamente se llamó al médico de la casa, que llegó solícito; vió al enfermito, le recetó y prometió volver pocas horas después. «Con los niños, —dijo, —hay que tener mucho cuidado, mucho cuidado». Los padres no se atrevieron á preguntar al doctor qué pensaba. Cuando volviera le preguntarían.

Enterados los viejos de la enfermedad del niño, echáronse á temblar, como si sintieran bajo sus pies las trepidaciones de un terremoto; fueron apresurados, doblándoseles las piernas, á la alcoba de Luisito, y uno á cada lado de la cabecera, allí se constituyeron en sus enfermeros, sus criados y sus esclavos, observándole constantemente y moviendo los temblorosos labios rezando, pidiendo á Dios la salud del niño, que era pedir la vida de sus dos madres y de sus dos padres. El médico había recomendado que no se le hiciera hablar, y se cumplió rigorosamente lo mandado; pero de vez en cuando el viejo ó la vieja hacían una observación, hablando muy bajito.

—Este niño—dijo á Luis su padre—está malo desde ayer tarde.

—Justo,—decía *mamá Concha*—á tu hijo le pasó algo ayer tarde, mientras su madre y nosotros estuvimos fuera, porque le dejamos alegre y contento, y le encontramos otro, enteramente otro.

Luis, que ya no pensaba en continuar sus apuntes para el discurso en el Congreso, ni se cuidaba de que el Gobierno reventara ó viviera eternamente, callaba, pálido, inquieto, queriendo en vano disimular el dolor profundo que sufría, los temores que le asaltaban... Acercábase al lecho, abría los brazos, se inclinaba sobre el ángel que dormitaba con penosa fatiga y acentuándosele cada vez más la calentura... y paseaba luego, y entraba y salía, y volvía al lecho de su hijo, y en vano quería disimular su desasosiego. Cuando volvió el médico encontró al niño más grave; se había despertado, y su respiración era mucho más fatigosa que antes.

Luis y su mujer salieron de la alcoba detrás del médico, y le preguntaron con ansiedad.

—No hay que alarmarse,—dijo el doctor.

Y esta frase, que parecía tranquilizadora, llenó de angustia á los amantes padres.

Luis cogió la mano del médico, y le dijo:

—Por Dios, doctor, salve usted á nuestro hijo.

—¡Ah!—exclamó el galeno—es preciso que

tenga usted serenidad; ahora tiene usted fiebre también...

—Sí, la tengo, porque desde esta mañana no sé lo que me pasa... Nuestro hijo está muy malo.

—Sí, muy malo,—repitió Elvira, no conteniendo ya los sollozos.

Procuró el médico tranquilizarlos.

—Hay que cuidar al niño—les dijo;—volveré esta noche, y si no está mejor, si las medicinas no han hecho todo el efecto preciso, tendremos una junta... pero no hay que alarmarse... Calma, señores míos, y que no advierta el niño que ustedes se afligen, porque él se afligiría también.

El niño miraba á su abuelo y á su abuela y á su madre, y les sonreía, pero en viendo á su padre alargaba los brazos, le llamaba, y quería abrazarle y besarle... Luis suspiraba y se hacía una violencia muy dolorosa para reprimir los sollozos que le ahogaban. Los viejos estaban como alelados. Aquella emoción no la esperaban ellos, no la conocían. El niño había vivido seis años en perfecta salud... creían que su ángel, para ser en todo venturoso, no podía estar expuesto á enfermedades como los demás; su ángel era un sér superior á todos; querían ellos que lo fuese y se habían hecho la ilusión de que había nacido con privilegios no concedidos á ningún otro más que á él.

A las doce de la noche el médico declaró á

Luis que el niño estaba muy grave, que en aquellas horas había perdido fuerzas y su delicado organismo experimentaba una profunda alteración.

Luis le oía con estupor. Pintábase en su rostro el espanto, y un temblor convulsivo estremecía su cuerpo. El pobre padre era digno, en verdad, de compasión...

Poco después de amanecer, tal era la urgencia del caso, el médico, que había pasado la noche cerca de su querido enfermo, hizo llamar á otros acreditadísimos profesores para que vieran al paciente y juzgaran de su estado y del diagnóstico formado y del tratamiento empleado por él, que, á pesar de su ciencia y su experiencia, no sabía ya qué hacer para conservar aquella preciosa vida que veía extinguirse por momentos.

A las diez de la mañana habían visto al niño los más eminentes doctores, y todos habían considerado que el enfermo únicamente podría salvarse por un milagro de la Divina Providencia.

El niño había caído en un profundo letargo y no contestaba á las caricias ni á los sollozos de sus abuelos y de su madre. Así estuvo hasta las cinco de la tarde. A esta hora se agitó su cuerpo, abrió los ojos, miró, vió fijos en aquel rayo de luz de su mirada la de todos los que le amaban, los abuelos, la madre, el padre... y éste, sin poderse contener, loco de pena, cogió la ca-

becita rubia y confundió su aliento con el del moribundo, que movía los labios blancos como el marfil, como queriendo besarle... y le besó, un beso frío, helado, ¡el beso de un ángel muerto!

V

La que era mansión apacible de la alegría, de la ventura, se trocó súbitamente en mansión del dolor y de la desesperación. Los dos padres y las dos madres del ángel que había volado al cielo, enloquecieron, y fué precisa la intervención de sus deudos y de sus amigos para que no siguiese á la irreparable desgracia una verdadera catástrofe. Ninguno quería vivir. Los abuelos, en la alcoba donde había muerto el niño, pasaban el día y la noche sollozando, gimiendo, besando las ropas, los juguetes, todo lo que había pertenecido á la criatura. La madre, de rodillas, loca, pedía al cielo, con voces de incomparable angustia, cuenta de la vida del hijo de sus entrañas; y el padre, el pobre Luis, sombrío, anonadado, estábase horas enteras con los ojos muy abiertos, mirando fijo la dorada cama vacía... No hablaba, no lloraba, porque ya no podía llorar, tanto había llorado; pensaba, y su actitud era la de un hombre abrumado por una poderosa obsesión... Los que veían el triste estado de la desventurada familia convinie-

ron que era urgentísimo el remedio, pues parecía imposible que ninguno de los cuatro resistiera la pesadumbre de un dolor tan intenso, un dolor que rechazaba todo consuelo y consumía las fuerzas de los que le sufrían...

Un mes había pasado, y el dolor de los padres y de los abuelos no cedía á ningún linaje de reflexiones y consuelos. Apenas se alimentaban, apenas dormían, y no querían salir de aquella alcoba donde palpitaban los suspiros del ángel... Los viejos habían perdido el aspecto de vigor y lozanía que revelaban cuando vivía su felicidad, el niño idolatrado, la completa satisfacción de todos sus deseos, de todas sus aspiraciones en este mundo; la madre, sin color, sin fuerzas, parecía haber perdido en un momento la juventud, haber vivido treinta años en un mes; Luis, el pobre Luis era un espectro, y en él presentaba el dolor los caracteres más graves; parecía que iba á extinguirse su razón.

Llegó á la corte á la sazón un sabio sacerdote, amigo cariñosísimo de los padres de Luis, y que había sido maestro de éste. Supo la desgracia que les afligía y el estado tristísimo en que se hallaban, y consideró obligación suya de amigo y de sacerdote poner todos los medios conducentes á evitar una catástrofe en aquella familia. Lloró el cura con sus desgraciados amigos, reconoció la inmensidad de su infortunio; pero luego que hubo hablado el lenguaje de la

más pura y sincera amistad, les habló con evangélica elocuencia el lenguaje de la religión, y les demostró, sencilla y lógicamente, que la desesperación de que estaban poseídos podía considerarse una rebeldía contra el Todopoderoso, y esta actitud no era propia ni digna de corazones y entendimientos profundamente cristianos.—«La prueba,—decía el clérigo,—había sido terrible; la muerte del niño era la mayor de las desventuras para sus amantísimos padres y abuelos, pero ante la voluntad de Dios, los que se precian de católicos bajan la cabeza y se resignan. Todos los padres aman á sus hijos como ellos amaban el suyo, muchos los perdían y sufrían el más agudo y cruel de los dolores; pero ninguno pensaba que tenía derecho al privilegio de que sólo su hijo no muriera... Lo que, en puridad, hacían los padres de Luisito era rebelarse contra Dios y suicidarse, pues como ellos vivían no se podía vivir.»

Las razones del tierno amigo y sabio sacerdote fueron remedio eficaz para los abuelos y la madre de Luisito, que á los pocos días obedecían sus consejos y experimentaban el dulce consuelo de la resignación cristiana... Quien no cambiaba era Luis. Para éste no había consuelo. Sus padres, su mujer, secundaban los esfuerzos que hacía el cura bondadoso para calmar la desesperación en que vivía el infeliz, pero nada conseguían.

Un día pidió á los abuelos y á la esposa que le dejasen solo con Luis, cada vez más sombrío, más desesperado.

—Luis, amigo mío; —le dijo — ¿reconoce usted en mí la autoridad de sacerdote y de maestro?

— Sí, padre mío,—contestó Luis;—pero por Dios, no pretenda usted consolarme... Los que pueden consolarse, como mis padres y mi mujer, ya se han consolado. Yo no puedo, no puedo... Para mí no hay más que un consuelo y una esperanza: la muerte.

—Luis,—repuso gravemente el sacerdote— tengo el derecho y el deber de decir á usted la verdad. La desesperación de usted no es la del dolor, es la del remordimiento.

—¿Y qué dolor, padre mío, es más horrible que el del remordimiento?...—gritó Luis, cayendo de rodillas á los pies del anciano, besando sus manos y rompiendo á llorar.

Y este llanto abrasador que á torrentes vertían sus ojos, fué ya un consuelo para Luis. Desahogábase su corazón, y un rayo de esperanza lucía en las tinieblas de su espíritu.

—Valor, Luis, y confianza en Dios—díjole con evangélica unción el sacerdote.

Y haciéndole alzarse del suelo y sentarse á su lado, esperó que Luis hablara.

Y Luis habló.

El se consideraba responsable de la muerte

del hijo adorado, y por consiguiente de la desventura de los abuelos y de la inocente esposa y amante madre.

La víspera del día que cayó en cama el niño, atacado de congestión cerebral, hallábase Luis empeñado en aquel ímprobo trabajo de reunir y apuntar argumentos para su discurso trascendental en el Congreso. En los libros voluminosos, en las páginas que había de consultar, había puesto como señales papelitos azules, encarnados y amarillos. Ya no le faltaba más que apuntar los datos, las fechas, las cifras, los nombres, todo lo que había de constituir la base de su irrebatible argumentación. Salió un momento del despacho, y dejó sobre la mesa los libros cerrados, y en ellos los papelitos de color, que sobresalían como cosa de una pulgada entre las hojas. El niño entró, se acercó á la mesa, vió aquellos papelitos de color, tiró de uno, y luego de otro; no había en los papelitos letras ni nada, y creyó que no podían tener aquellas tiritas aplicación ninguna... En un instante los papelitos todos estuvieron en las manos del inocente... Volvió el padre, y el niño le salió al encuentro, sonriente, feliz, diciéndole:

—Papá, mira, mira.

Y le enseñaba las tiritas azules, encarnadas y amarillas.

Luis vió perdido su trabajo, rugió de ira, cegó y sacudió bárbaramente una bofetada al des-

dichado niño, sin pensar lo que hacía. Instantáneamente conoció la enormidad de la falta y quiso repararla. Cogió á su hijo en brazos, á su hijo que se alejaba llorando aterrado por la sorpresa de aquella humillación, de aquel castigo tan duro, tan desconocido y nuevo para él... En sus besos bebió las lágrimas del hijo idolatrado, le pidió perdón con las más vivas ansias, y por Dios le rogó que no dijese nada á sus abuelitos y á su madre... Y el niño le obedeció; nada dijo á sus abuelos ni á su madre, calló el pobre mártir; pero el mal no tenía remedio: la conmoción, la sorpresa, la vergüenza, el dolor, trastornaron rápida y profundamente aquel tierno y delicado organismo, y el niño murió con su secreto, pero demostrando á su padre en los pocos momentos lúcidos que tuvo durante su breve enfermedad, que no le guardaba rencor, que le había perdonado, ángel de Dios, el brutal arrebato de que era víctima.

El bondadoso clérigo consoló á Luis con las más juiciosas y hermosas reflexiones. No había hecho bien en dejarse llevar de la cólera, pero no había cometido un delito como creía Luis. Si hubiera podido pensar la grave consecuencia de su acceso de ira, de seguro que no habría puesto su mano sobre la tierna y dulce criatura, que era la mayor felicidad de su existencia, la alegría de su hogar, la vida de sus ancianos padres y de su casta idolatrada esposa. Luis no

podría olvidar jamás aquel tristísimo suceso, pero no tenía razón en abandonarse á las amarguras y á los delirios de la desesperación.

Estas razones, expresadas en un lenguaje elevado, afectuoso, con la autoridad de quien era dechado de virtudes y ejemplo de rectitud y de talento, calmaron un poco á Luis, y el respetabilísimo sacerdote no dudó ya que el desesperado padre se salvaría.

Algunos meses después de la muerte de Luisito, la madre dió á luz un niño, que también se llamó Luisito. El anciano cura le bautizó, y cuando después de la solemne ceremonia fué á felicitar á los padres y á los abuelos, llamó aparte á Luis y le dijo:

—El niño muerto ha resucitado en la tierra. Su alma goza las eternas venturas de la gloria, y envía á usted esa prueba de su amor infinito. ¿Creerá usted ahora que Dios y el niño muerto le han perdonado?

—¡Oh, sí! y me han curado de toda mi soberbia, de toda mi vanidad.

Y besó las manos benditas del venerable anciano.

El niño que acababa de nacer hizo reverdecer las esperanzas de los desconsolados abuelos, que todavía viven y son felices con su pequeñuelo, pero no olvidan al que murió.

Luis, que, ya lo supone el lector, ni derribó, como se había propuesto, al Gobierno, ni volvió

á parecer por el Congreso de los Diputados, no ha pensado más en ser otra vez padre de la patria, y ha dejado el campo libre á los aficionados á hacer la felicidad del país, que les parece hecha cuando ellos obtienen personalmente el mayor provecho posible.

Luis no quiere ser padre más que de sus hijos.

LA CONDESA Y LA MARQUESA

I

La Condesa de la Malvarosa y la Marquesa del Nardo seco eran rivales hace un par de años, no porque las dos estuviesen enamoradas del mismo galán, pues ellas sólo lo estaban de sí mismas; eran rivales en esto de vestir y aderezarse de la manera más espléndida, costosa y extravagante que es posible imaginar. Nació esta miserable rivalidad una noche que la primera se permitió decir, en un corro de íntimas amigas, que el traje de la segunda, en el baile de la Embajada alemana era antiguo.

—¡Antiguo y le estreno hoy!—exclamó la Marquesa cuando le dijeron la opinión de su amiga. Y no le perdonó la grave injuria.

Desde entonces comenzó entre la Condesa y la Marquesa una competencia... ruinosa para los maridos, y la victoria positiva la obtenían las modistas y *modistos* que intervenían en la

confección de los trajes para las dos gallardas señoras.

La Noche buena, hace dos años, celebrábase gran *soirée* en casa de los Duques del Alamillo, y una y otra rival se habían propuesto el mismo fin: alcanzar una victoria definitiva. La Marquesa, discurriendo cómo la Condesa no se enteraría del menor detalle del nuevo traje con que pretendía superarla en lujo, inventiva, riqueza y *buen gusto*, encontró un medio infalible, que consistía en que el traje se confeccionara en su propia casa, por la modista más notable de Madrid, asistida de las oficialas precisas. La hábil modista y sus auxiliares, sabiendo lo espléndidamente que pagaba la Marquesa, trasladáronse á la casa de ésta, y allí se instalaron y allí emprendieron la importantísima tarea que se les había confiado. Y no salieron de la casa hasta una hora después de haber salido la señora para el baile de los Duques.

La otra no se fió de las modistas de Madrid. Escribió á su *modisto* de París, le encareció el más absoluto secreto y le pidió un modelo de traje nunca visto y deslumbrador. El *modisto* envió su conformidad y una preciosa acuarela, pintada expresamente para que la Condesa pudiera formarse idea de cómo iría al baile de los Duques. Era aquello una maravilla. Imposible que la Marquesa imaginara cosa de tan buen gusto, y, sobre todo, de tanta novedad. La vic-

toria era segura, y el precio enorme, 7.000 francos, sin los encajes, y con éstos 13.000. El traje estaría en Madrid el 24 por la mañana. Con el traje vendría una joven sobrina del *modisto*, directora del taller, por si había que hacer á última hora alguna modificación.

La Condesa envió el coche y la doncella el día 24 á la estación del Norte, para recibir y conducir á casa la enviada extraordinaria del famoso *modisto*, y ella esperó impaciente.

—¡Al fin!—exclamó cuando oyó que entraba el coche en el portalón, y salió al encuentro del traje.

La doncella volvía sola.

—¡Jesús! ¿Y esa mujer?...—gritó la dama, sintiendo fuego en el rostro y frío en el corazón.

—Señora—dijo la doncella—no ha venido.

Si le hubieran dicho que en aquel punto se abría la tierra y se hundía la casa, no habría sentido la pobre lo que sintió al oir aquella terrible frase.

—¡No ha venido!—repitió con espanto. Y la doncella tuvo que sostenerla, porque vió que su señora iba á caer.

—El tren expréss no ha enlazado en Irún—añadió la doncella, después de un momento.—Así me han dicho en la estación.

Un criado pidió permiso para entrar. Traía un telegrama que entregó á la doncella.

El telegrama decía:

«*Mme. la Comtesse, train en retard six heures. Exprêes Espagne parti. Je suis desolée.—Nathalie*».

La Condesa estaba anonadada. De pronto, con el rostro encendido, la mirada fiera, los puños crispados, se levantó y comenzó á echar sapos y culebras contra Nathalie, contra Francia, contra los ferrocarriles, contra el ministro de Fomento, que podía haber previsto el caso y ordenar que el tren expreso esperase siempre la llegada del tren francés, sobre todo cuando viniera un encargo para ella.

Y cuando se hallaba la noble dama en un estado penosísimo de agitación, entró en el *boudoir* la niña más donosa y gentil, Laurita, su hija, que otra doncella había ído á buscar al colegio, para que pasara al lado de sus padres las fiestas.

No se calmó con la presencia de la niña encantadora la excitación febril de la madre, que á las caricias, á las dulcísimas frases de su hija, contestó secamente:

—Quita, quita; déjame ahora.

La niña quedó suspensa mirando á su madre con sus grandes ojos de cielo; pero en aquellos momentos la presencia de su hija era como una reconvención para la Condesa.

—Llévate, llévate dentro la niña—dijo á la doncella que cogió de la mano á la inocente criatura.

Nubláronse los hermosos ojos azules y salió de ellos un torrente de lágrimas.

—¿Para qué me han sacado del colegio?— preguntaba á la doncella, que la alejaba de la habitación de la madre, ciega de vanidad, ciega de ira y de envidia.

La Condesa dió orden de que nadie, nadie entrara en su habitación, y se metió en la cama.

La orden no rezaba con su doncella.

Ésta se alarmó, porque notó que su señora tenía una fiebre muy intensa.

—Señora,—dijo—es preciso llamar al médico; la señora tiene calentura.

—Calla y déjame, no me martirices.

Esta fué su única respuesta.

Y poco después deliraba, se reía, nombraba á la Marquesa, maldecía á Francia, gemía, sollozaba, y la doncella pensaba que su señora estaba en camino de perder el juicio.

II

La Marquesa se presentó en el baile, y su arrogante presencia produjo murmullos de admiración.

Rodeáronla sus amigas, y todo fué encomios y alabanzas de su exquisito gusto, de la magnificencia del traje, de la novedad del corte, de la belleza de los adornos; pero ella oía distraída, fija la mirada en la puerta del salón, donde es-

peraba la aparición de su rival. Ella adivinaría en el semblante de la Condesa la impresión que hacía en ésta el maravilloso traje; ella vería el despecho, la envidia, en los ojos de su competidora, y entonces sí que gozaría de su triunfo. La modista que vestía á la Condesa en Madrid le había dicho que ningún traje nuevo había mandado hacer su noble parroquiana. Esta seguridad le daba la victoria.

Pasó la noche; la Marquesa oyó los más entusiastas elogios, las más exageradas lisonjas, pero la Condesa no apareció. Cuando ya la *soirée* iba á terminar, entró el marido de la Condesa, quien dijo que su mujer estaba algo indispuesta y se había quedado en cama. Alarmáronse los que oyeron la tal noticia, pero el marido tranquilizó á todos, diciendo que no era cosa de cuidado.

—Algún disgustillo con la doncella, Clarita es tan nerviosa... Y no dijo más el indiferente marido.

La Marquesa se consideró vencedora.—La indisposición de la Condesa no es cierta, pensó; lo que es que ha temido la derrota.

Pero no satisfizo á la Marquesa esta victoria; ella quería habérselas frente á frente con su rival; la Condesa había huído, le había dejado libre el campo, se había confesado vencida, pero á una mujer de la vanidad de la Marquesa, tan fácil victoria más la humillaba que la enaltecía.

Volvió á su casa con este disgusto, contrariada en gran manera. Aquel traje maravilloso ya no le serviría otra vez para lograr la victoria decisiva sobre la Condesa, necesitaba otro; era, pues, preciso, volver á empezar... la lucha le iba á costar demasiado cara, y su marido ya le había hecho alguna indicación de que las cosas no iban bien, no habiéndose cobrado las rentas de las fincas rurales, por la sequía y la escasa cosecha, y habiéndose perdido un dineral en los valores públicos. No podía estar contenta la nobilísima dama.

Entró en casa, tiró el traje, se acostó, y cuando ya estuvo en la cama, se acordó de preguntar á la camarera por la niña, su hija, una preciosa andalucita de seis años, morenilla, gallarda y llena de gracias y donaires.

—La señorita, — contestó la doncella—se acostó poco más tarde que la hora de costumbre. La institutriz estaba con la jaqueca y se había acostado muy temprano. La niña estuvo con nosotras, que estábamos oyendo desde el balcón, una gran orquesta de bandurrias. Es que mañana celebra sus días la dueña de esa tienda de enfrente.

—Bueno, bueno, déjame, —dijo la Marquesa con desabrimiento — no tengo hoy ganas de conversación. Ve á ver si está bien arropadita la niña; por Dios, que no esté desabrigada.

Y cuando salió la camarera, la Marquesa se preguntó:

—¿Cómo he venido hoy de ese baile que ni siquiera he ído á dar un beso á mi hija?...

III

Como la Marquesa se acostó temprano, á las seis de la mañana, se levantó tarde, poco antes de encender los faroles de la calle.

Dormía tan profundamente que la camarera no se atrevió á despertarla.

Y mientras ella dormía, circulaba por Madrid una noticia triste; la hermosísima Condesa de la Malvarosa se hallaba gravemente enferma; el médico había declarado que la gran señora tenía viruelas, y había dispuesto que la hija y el marido y las hermanas, se abstuvieran de entrar en la habitación de la paciente.

Cuando hizo el doctor esta grave declaración, acababa de llegar á la casa de la Condesa la modista Nathalie, con el magnífico traje confeccionado en París, que no había podido llegar el día antes por no haber enlazado el tren francés con el español.

El Conde, enterado de que tenía en su casa nada menos que una enviada extraordinaria del *modisto* más afamado de la República francesa

se apresuró á hacerle saber lo que ocurría, y le suplicó, que mientras la Condesa se restablecía y se la podía hablar de la llegada del traje, se instalara en el Hotel de París, donde se abonarían los gastos que hiciera. Y mandó poner la berlina, que condujo en cinco minutos á Nathalie al Hotel de París, donde se instaló en un precioso cuarto del piso principal, con un hermoso balcón á la Carrera de San Jerónimo.

La francesa era muy bella y muy distinguida.

La caja que contenía el magnífico traje, y que semejaba un féretro, quedó en un rincón de la antesala de las habitaciones de la Condesa.

IV

Cuando despertó la Marquesa, supo que su enemiga se hallaba postrada en cama, y supo cuál era la horrible enfermedad que sufría.

La Marquesa se estremeció.

¡La viruela! ¡Una mujer hermosa y distinguida con viruelas! Es horroroso.

Todos los días entran en los hospitales pobres infelices atacados de viruela. Eso no tiene nada de particular. Han vivido en tugurios infectos; se han alimentado de carnes pasadas, podridas; han sufrido todos los horrores de la suciedad, de la miseria...

¡Pero brotar la viruela en el cuerpo escultural de una gran señora, cuerpo rociado constantemente de perfumes delicadísimos y de todo linaje de aguas higiénicas y salutíferas, cuerpo envuelto siempre en riquísimas holandas, tendido, para el nocturno descanso, sobre colchones de raso rellenos de pluma finísima, en un lecho de palosanto ó de acero primorosamente trabajado, en una habitación amplia, cubiertas las paredes de damasco, las puertas con cortinajes magníficos, cerrado el paso á todos los miasmas de la calle; todo limpio, todo rico, todo saturado del perfume de la espléndida hermosura, alcoba suntuosa que parece templo de una deidad mitológica!... ¡Es horrible, horrible, mil veces horrible!...

Tan infausta noticia pone espanto en el ánimo de todos los grandes señores, de todos los que viven en medio de la abundancia y de las comodidades, porque no habían pensado jamás que la viruela pudiera acometerles como acomete á los infelices de la calle, á los que oyen con la mayor indiferencia hablar de la viruela, de que murió la vecina del patio, ó de la que lleva al hospital al peón de albañil, que parecía un gigante, y que cuando su mujer se curó de la viruela, brotóle á él de tal guisa, que su cara semeja la de un mónstruo.

La Marquesa tuvo un momento de satisfacción; no era mala, en verdad, la Marquesa, no,

no quería la muerte de su rival; pero la enfermedad de la pobre Condesa ponía término á la lucha entre ellas empeñada, lucha desastrosa para el bolsillo. Quería que la Condesa se restableciera, porque

> La muerte del contrario valeroso
> solamente el que es vil la solemniza.

Quedaría un poco desfigurada, es decir, inválida para la guerra. Una mujer bella y elegante, que ha tenido viruelas y conserva en el rostro la huella de la enfermedad, acaba para el mundo de los salones. La Marquesa no tendría ya rival, y viviría más tranquila, gastaría menos y no sufriría tantos quebraderos de cabeza, porque es mucho lo que hace discurrir á una gran señora la obligación de resolver el problema de engalanarse de una manera nueva y sorprendente setenta ú ochenta veces al año.

La Marquesa encargó que todos los días, por la mañana y por la noche, se enviase á preguntar cómo seguía la Condesa.

Y estando la Marquesa pensando en todo esto, apareció en el tocador su hija, la bella andalucita de ojos negros, pero no alegraba su rostro el sonrosado color, y en sus ojos había sombras de tristeza.

—¿Qué tienes, alma mía?—preguntó la cariñosa madre.

La niña iba á contestar con un beso, pero se lo impidió la tos, una tos penosa, como si tuviera la criaturita algún obstáculo en la garganta.

La madre la cogió en los brazos, la sentó en las rodillas, y la acarició con cien besos y frases de amor infinito de esas que sólo saben inventar las madres.

—Estoy mala—dijo la niña con apagada voz.

La Marquesa se levantó con su hija en brazos, llamó á todas las criadas, llevó á la niña á su propio lecho, y allí la acostó.

—¿Qué habéis hecho á mi hija?...—preguntó á las sirvientes.—Está mala; ¿qué le dísteis anoche?... Decidlo ó hago que os lleven á la cárcel á todas.

—Señora, nada.

—No le dimos nada.

—Estuvo tan contenta la señorita con nosotras oyendo la orquesta de bandurrias,—dijo la camarera principal.

—¿Dónde?

—Pues en el balcón del gabinete amarillo.

—¡Ah, infames!—exclamó delirante la atribulada madre.—Me la habéis muerto. ¡Malditas seáis!...

Corrió el mayordomo á buscar al médico de la casa y á todos los de Madrid, y la pobre madre abrazóse al cuerpecito de la niña. ¡Aquel delicado pulmón estaba herido de muerte!

Vino el médico de la casa, vinieron otros luego, y comenzaron á hacer remedios heróicos para conservar la vida de la tierna, encantadora criatura, tan angelical, tan donosa, tan inocente.

Se telegrafió al padre, que se hallaba en Londres. La casa parecía una casa de locos. Todos corrían de un lado á otro; la Marquesa abrumaba á todos con sus quejas, sus reconvenciones y sus improperios; se arrodillaba, rezaba, se golpeaba el pecho y la cabeza con la mayor desesperación; increpaba á los médicos, les acusaba de ignorantes, y luego les pedía perdón, se postraba ante ellos, quería besarles las manos, y les suplicaba con lágrimas de angustia la vida del ángel; los médicos se sentían conmovidos ante aquel dolor, y se estremecían pensando que pronto la madre se quedaría sin su hija, que pronto habría que sacarla por la fuerza de la alcoba, donde ya palpitaban en torno del lecho de la niña las heladas caricias de la muerte.

Solamente la enfermita estaba tranquila y sonriente en medio de aquella desolación. No sentía ningún dolor; los médicos habían cesado ya de martirizarla. Extinguíase su vida dulcísimamente, y no apartaba la vista de los ángeles primorosamente pintados en el techo de la cama monumental de la Marquesa. Y así, con los ojos fijos en los ángeles, quedó muerto el ángel de la casa.

. . . . . .

V

Dos meses después, en la estación del ferrocarril, se encontraron las dos rivales. La Marquesa iba á Niza por consejo de los médicos, acompañada de su marido, triste, sombrío, con semblante de que había huído para siempre la risa. El Marqués no había llegado á tiempo de ver morir á su hija; pero había sabido que, mientras la niña, en poder de las criadas, oía en el balcón, en cruda noche de invierno, la orquesta callejera de bandurrias, su mujer lucía en el baile magnífico traje destinado á provocar el despecho y la rabia de la Condesa.

Esta se dirigía con su hermosa hija á una finca próxima á Valladolid, donde pensaba pasar algunos meses consagrada á la niña y alejada del mundo.

Un doctor de París le había asegurado por escrito que sometiéndose á un régimen que le indicaría, si tenía en él confianza, desaparecerían de su rostro las señales de la viruela. Quería hacer la prueba fuera de Madrid, donde nadie se pudiera enterar.

Las dos mujeres estaban muy cambiadas; pero la de las viruelas tenía mejor cara que la infeliz Marquesa. Esta había envejecido como si

tuviera diez años más, la otra no; la una tenía la enfermedad en el corazón, la otra ya no tenía ninguna enfermedad. Su hija la besaba lo mismo que antes de haber hinchado su rostro las viruelas.

La Marquesa y la Condesa se abrazaron. La desgracia las había reconciliado. Cuando se separaron para ocupar cada una el coche donde iban á hacer el viaje, la Marquesa lloraba sin poder contenerse, y la Condesa, haciendo subir delante de ella al wagón á su hija adorada, murmuraba:

—Gracias, Dios mío, porque me quitaste la hermosura, y me dejaste mi hija. ¡Qué mayor ventura!

Y pensaba que, en llegando á la finca, escribiría al doctor parisiense para decirle que no quería quitarse los hoyos de la cara.

VI

¿Y los magníficos soberbios trajes de la Marquesa y la Condesa?

El de ésta continúa en aquella caja que parece un féretro. Dios sabe cuándo la mandará abrir la Condesa.

El de la Marquesa ha sido vendido, y su importe dado á los pobres.

El Conde pagó el traje de la Condesa, girando á París letra á la orden del *modisto* famoso.

En cuanto á Nathalie, sólo sé que no ha vuelto á París; ya no vive en el hotel de la Puerta del Sol. No sé dónde vive, porque no he tenido curiosidad, pero sería bien fácil saberlo. Bastaría preguntárselo al Conde, el marido de la Condesa... y que él lo quisiera decir.

LAS ANDALUZAS

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID
Comunidad de Madrid

PERO Señor, ¿qué habrá sido de las andaluzas?

Vivían en el piso tercero de la casa misma en que yo habitaba, en Madrid. Hube de ausentarme unos días, y cuando regresé, ví desde la calle, con profunda pena, que los balcones de la habitación de las andaluzas ostentaban el blanco papel con que se avisa al transeunte que el cuarto se alquila.

Pregunté á la portera que, siendo una mujer de suyo curiosa, tanto que siempre sabía todo lo que pasaba en la vecindad, y cuando no lo sabía lo inventaba, forzosamente sabría por qué y adonde se habían mudado las andaluzas.

—Se mudaron ocho días después de haberse marchado usted,—me contestó—pero me dijeron que no vendría nadie á preguntar por ellas, y que si alguno preguntara, no le dijera adonde se habían ído.

—Luego usted sabe adonde fueron.

—Pues si lo supiera, ¿no se lo diría á usted?... Ellas me hicieron la advertencia, porque les parecería imposible que yo no averiguase su paradero.

—¿Y no hizo usted por averiguar?...

—Sí, ya he revuelto medio mundo.

—Pero ¿no vinieron carros y mozos á mudar los muebles?

—Señor, si no había más muebles que ellas... Dos chicos vinieron que llevaron una mesilla, un tocador, cajas y otros cachivaches. Y entre los chicos y ellas, que cada una llevaba unos cuantos líos...

—De ropa serían.

—Digo yo que serían de ropa... Los pocos muebles eran alquilados y se los llevó el mueblista. A los chicos no les pude coger solos un momento, y como aquel día, precisamente, á mi marido, que no trabaja en su vida, le había dado la ventolera de ir á trabajar, estaba sola en la portería, y no pude separarme un momento, porque ya sabe usted lo cócora que es el administrador, que vive en el entresuelo, porque si yo hubiese podido salir de la portería un cuarto de hora siquiera, no se me habrían escapado las andaluzas sin saber adonde iban á dar guerra. Pues he preguntado en las tiendas donde iban á comprar al fiado, he corrido todo Madrid, y el otro día me planté en la parroquia y en casa del alcalde, á ver si me daban luz, nada

más que por saber lo que no querían que supiera; y nada..., ni muertas ni vivas. Parece que se han caído en un pozo. Pero, ahora que me acuerdo, ¿usted tenía algo que ver con ellas?...

—No, señora, pero esta casa ha perdido ya todo el encanto que tenía para mí, y hoy mismo, en cuanto descanse y me arregle un poco, saldré á buscar otra vivienda.

—¡Jésús, María y José! ¿Se muda usted porque se han mudado las andaluzas?... Ahora que la casa parece propiamente un oratorio, que hay una paz y una tranquilidad que da gusto vivir aquí, y no se oye una palabra más alta que otra, sino las que digo yo á mi marido que, sobre ser como una tapia de sordo, es un haragán que me ha de quitar la vida. Yo me tuve la culpa, que me casé con él después de haber estado casada con un hombre que era un cordero, y el más real mozo que se paseaba por las calles de Madrid, Dios le tenga en su gloria.

Dejé á la portera con la palabra en la boca y subíme á mi habitación. Lo primero que hice fué asomarme á la ventana del comedor para contemplar las del piso superior que daban al patio, como las mías; y confieso que sentí profunda pena, considerando que ya no volvería á oir las voces de aquellas incomparables andaluzas, que durante seis meses habían alegrado mis días y mis noches, haciéndome olvidar contrariedades y disgustos, y contribuyendo gran-

demente á la economía en mis gastos, porque mientras tan excelentes vecinas tuve, ni me ocurrió perder el tiempo en el café, ni comprar un billete de teatro, donde también se pierde el tiempo cuando la comedia es mala. También les debo la salud que tuve aquellos seis deliciosos meses, porque no pude coger ninguna de las enfermedades que se cogen por la calle, y me evitaron el percance que hubiera podido sobrevenirme retirándome á altas horas de la noche, ó el choque en una tertulia con un allegado del dueño de la casa, si me hubiese oído decir de éste alguna verdad, ó encontrar en el café ó en el teatro un amigo que me pidiera dinero, y en fin, mil y un peligros á que está expuesto un ciudadano fuera de su hogar.

Yo no lo estaba del mío más que lo preciso, [illegible] domicilio [illegible]

donde no viera aquel patio, que parecía el de un convento de la Trapa; donde no contemplase aquellas ventanas del corredor, de la cocina y del cuarto de dormir de Tremedal, que ya no daban paso á las risas, á las canciones, á los suspiros, á los apóstrofes, á los donaires incomparables de las andaluzas.

Fuíme con los trastos á otra casa, á otra casa, ¡ay! donde no oigo más que la voz de dos chiquillos que berrean; los gritos de otro, á quien su madre sacude el polvo; el ladrido de un perro, propiedad de un cazador, que nunca trae caza; los maullidos de una gata aventurera, y los chillidos estridentes de una cotorra vieja abominable, única familia de un usurero que vive en el tercero; y la tos perruna del asmático vecino de al lado, que duerme pared por medio de mi alcoba.

¿Qué habrá sido de las andaluzas?... ¿Dónde estarán alegrando los días y las noches de sus vecinos?... ¡Ay!, acaso sus nuevos vecinos no comprenderán toda la filosofía, toda la gracia, toda la poesía, que brotan á borbotones de las cinco bocas de aquellas andaluzas, á quienes envía este recuerdo de afecto y de gratitud su antiguo vecino.

LA SEQUÍA

I

NUNCA me ha entusiasmado más que medianamente la vida de la aldea, bien que reconozca que es la más honesta y la más propia de los que desean gozar de salud de alma y cuerpo, y ganar la gloria eterna.

Confieso mi pecado; prefiero el Paseo del Prado ó el Bosque de Boulogne, al pintoresco amenísimo valle y la verde colina. En la catedral de Sevilla ó en la iglesia de las Calatravas, me hallo mejor que en la ruinosa ermita colocada en la cima de áspero y empinado monte, en vecindad con las aves de rapiña. No dudo que son encantadoras las tiernas pastorcillas y dulces zagalas de la aldea, con el pie desnudo, el refajo corto y el pelo al natural; pero, será que tengo completamente pervertido el gusto, me deleita mucho más la contemplación platónica de las hermosas y elegantes damas que concurren á los Jardines del Retiro, á los palcos del tea-

tro Real y á la misa de dos en el Buen Suceso.

¿Quién puede dudar que las migas, la nata, el queso, la miel, la cecina, el tostoncillo, las gachas, las sopas de ajo, son alimentos sobresalientes? Nadie lo negará; pero, ¿qué quieren ustedes? á mí me gusta más comer en casa de Lhardy, que en la aldea, y prefiero el pan de Viena tierno y suave á las hermosas tortas que amasa con sus pecadoras y sudadas manos la mismísima alcaldesa de cualquier lugar de la Mancha.

Hacer una expedición cabalgando en un pacífico mulo, algo cojo y un tanto derrengado, por veredas que él solo conoce, y caminando siempre al borde de profundos precipicios, me parece sumamente agradable y hasta higiénico y por extremo saludable; pero casi estoy por decir que me agrada muchísimo más viajar en un coche-salón en el expréss, ó pasearme en una carretela como las de Fernán-Núñez ú otro pobre por el estilo.

Las labores del campo son deliciosísimas; cavar, sembrar, barbechar, trillar, segar, aventar el grano, recogerlo, encerrarlo en la panera, esquilar los corderos, podar los árboles, pisar la uva... La contemplación de todas éstas y de las mil faenas del campo, ofrece sin duda al hombre pensador magnífica ocasión de inacabables placeres; pero no me seduce mucho qué digamos, y estoy más á mi sabor sentado en el Pra-

do, oyendo desde el paseo la música del teatro del Retiro y viendo corretear los chicos y retozar las niñeras con lacayos y asistentes, que es la diversión más inocente en noches de estío de tanto filósofo madrileño aburrido y con poco dinero.

Mi amigo Bernabé se irritaba grandemente oyéndome expresar estas ideas de hombre excéptico y positivista, y había dado en el empeño de corregirme, haciéndome sensible á los encantos de la naturaleza.

El era entusiasta de la vida del campo. Su padre poseía un cortijo en una de las más bellas comarcas de Andalucía, inmediato á un risueño pueblecito que, según decía Bernabé, era el paraíso. Excelente situación topográfica, hermoso cielo, magnífico horizonte, deleitosa pradera, sanos y abundantes alimentos, muchísimo ganado, el más lucido de todas las Andalucías, hombres robustos, mujeres hermosísimas, paz octaviana en el vecindario, estrechamente unido; todo esto se hallaba en aquel pueblo modelo, al decir de Bernabé, que todos los años apenas comenzaba Junio, ya estaba impaciente en Madrid, deseando hacer su acostumbrada visita al cortijo y al pueblo, mientras yo me quedaba abrasándome en la corte, ó si tenía dinero iba á algún puerto de mar frecuentado por las gentes aficionadas al veraneo, donde hacía provisión á la orilla del Oceano, de dolores reumáticos para no estar sin diversión en el invierno.

II

Seis años hace, Bernabé logró su constante propósito de llevarme á pasar un mes en su cortijo. Encontrábame por entonces mal de salud y de dinero; había sufrido sinsabores y quebrantos y estaba lo más aburrido que puede hallarse hombre.

Bernabé estaba loco de contento porque tenía la seguridad de que el viaje que con él iba á emprender había forzosamente de modificar mis ideas, que él consideraba consecuencia del más refinado egoísmo y de la perversión del pícaro Madrid. Y tal era en aquel tiempo mi aburrimiento y tal la hipocondría en que había venido á dar, que ni siquiera quise tomarme el trabajo de contradecirle, manifestándole mis dudas acerca de la virtud que él atribuía á la vida campestre.

Una hermosa noche, cómodamente instalados en un coche de primera clase, emprendimos la expedición, Bernabé rebosando alegría y satisfacción, y yo con todos los síntomas de la enfermedad de los ingleses; pero debo decir, en honor de mi amigo Bernabé, que hizo todo cuanto pudo para distraerme y contentarme, refiriéndome historias de su pueblo, hermosos rasgos

de heroísmo y abnegación, graciosas y picarescas aventuras de los amoríos de su padre que, habiendo quedado viudo, había tenido libertad completa para sacar mucho partido del gran aprecio en que le tenían los vecinos, y sobre todo las vecinas del pueblo, que ellos le consideraban como un oráculo infalible, y en diciendo él una cosa, era para ellos como el Evangelio de la Misa, y ellas, todas estaban de acuerdo en que D. Juan, el amo, era el mejor mozo de la comarca, y como veían que los padres y los maridos le distinguían de la manera más cumplida, creíanse ellas obligadas á imitar el ejemplo. Y de aquí la buena fortuna que entre el bello sexo había logrado el padre de Bernabé, quien, por nada del mundo, quería abandonar el cortijo y el pueblo donde tiene todas sus afecciones. Contándome todo esto con la gracia natural que reconozco y admiro en Bernabé, logró éste hacerme agradable el camino, y cuando el día siguiente nos empezó á acariciar el sol de Andalucía, ya me hallaba muy mejorado de mi *spleen*. Todavía nos faltaba mucho viaje, como que hasta las tres de la tarde no llegaríamos á la estación donde nos debían esperar las bestias que en tres ó cuatro horas, nos llevarían al pueblo y al cortijo del padre de Bernabé.

—Soy feliz—me decía—porque estoy en mi tierrecita, en mi elemento, en mi paraíso terrenal, en mi hermosa Andalucía. ¿Dónde has visto

tú un país como Andalucía?... Esto es canela. Mira aquella gallarda joven que está en la puerta de la estación y dime si su aire y su porte no son los de una princesa. Mira que tipo de hombre aquel que se pasea mirando á la muchacha con unos ojos, que con una mirada harían desmayarse de emoción á las damas de mayor serenidad y más mundo de tu decantado Madrid. Ese, ese es un hombre en el mundo, y mira que dientes tan blancos y apretados enseña cuando se ríe; contempla que apostura, qué cabeza tan hermosa, tan inteligente... No me digas nada, hombre, no me digas nada, y confiesa que no hay más hombres ni más mujeres en el mundo que los andaluces y las andaluzas, y el que no ha venido á esta tierra, puede estar firmemente persuadido de que no ha gozado de este mundo, aunque cuente por millones las monedas de cinco duros. Toma, cómete esa naranja y dime si en tu vida la comiste más dulce y de más delicado perfume. Sólo en esta tierra se cría la fruta mejor que hay en el mundo. Ahora mismo te vas á comer dos docenas de higos de tuna, de aquellos que vende aquel tunante, y verás como no ha entrado en tu boca jamás cosa tan dulce y almibarada... Ya verás en mi cortijo qué uvas le envían de Ohanes á mi padre, que cada una debía valer una onza de oro, y sería barata. Y, ¿tú has comido pan de Andalucía? ¿No?... Pues no has comido pan; nada, lo dicho, no sabes á

la edad que tienes lo que es pan. Y puede que tampoco sepas lo que son polvorones, ni habrás conocido siquiera á persona que haya visto el alfajorillo de Écija y los bollos de Laujar y el tocino del cielo que hacen en las confiterías de Sevilla. ¡Hombre! me da grima ver un hombre tan ignorante y *desaborío* como eres tú. Anímate, que ahora es cuando empiezas á vivir y á ver mundo, que aunque hayas estado en París, en Londres, en Viena y en Filadelfia, no has visto mundo, no habiendo visto mi pueblo y mi cortijo.

Y así me llevó, agradablemente entretenido con sus exageraciones, mi amigo Bernabé hasta que llegamos á la estación de donde habíamos de partir para el punto que era término de nuestro viaje. Allí estaban esperándonos dos hombres, dos gigantes, con sus mantas jerezanas, sus sombreros gachos y aspecto de *Diego Corrientes*, ó bandidos generosos, y cuatro caballos vistosamente enjaezados, que dos eran para nosotros y dos para nuestra escolta. Bernabé abrazó á los hombres lleno de gozo, y ellos correspondieron afectuosamente á esta prueba de cariño y diéronle buenas noticias del viejo y de muchas personas del pueblo, por quienes con interés les preguntaba mi compañero.

Traían que comer y diéronnos lo que traían destinado á nosotros, y luego uno de ellos dijo:

—Ea, *zeñoritoz*, á *cabayo*, que *er* camino *ez laigo*

y malo y *zi muz eztamoz entretenios yegaremoz é* noche y *é* noche anda por ahí *er Maduro, mar* tiro le den, que *eztá cecueztrando á to Dioz...*

—No me tranquilizó mucho el hombre con estas palabras, y lo que de comer tenía en la mano se me cayó al suelo, y de buena gana hubiese esperado que pasara el tren ascendente para tomar la vuelta á Madrid y dar por terminado mi viaje; pero la negra honrilla me impidió manifestar el miedo supino que se había apoderado de mí al oir hablar del *Maduro* y de sus hazañas, y haciendo como se dice vulgarmente de tripas corazón, monté á caballo, tropezando al montar con la carabina con que habían tenido la previsión de favorecerme á fin de que me defendiera, si se presentaba ocasión. También en la montura de Bernabé habían colocado otra carabina al mismo fin, y de esta guisa emprendimos el camino, internándonos á poco en extenso y enmarañado monte, por estrechos senderos, y marchando por entre espesísimos arbustos que nos acariciaban el rostro al pasar, de una manera muy poco agradable.

Uno de los dos dependientes del padre de Bernabé iba delante, y de pronto volvió el caballo, y poniéndose la mano junto á la boca, gritó á mi amigo:

—*¡Zeñorito, er Maduro!*

—Dios quiso que en aquel momento no cayera yo sin sentido; pero me faltó muy poco.

El que había pronunciado tan siniestro nombre avanzó, y lo mismo hizo su compañero que venía detrás de nosotros.

—¿No escapamos?—pregunté á Bernabé.

—¿Por qué?

—¿Pues no has oído que está ahí el *Maduro?*

—No importa.

—¡Caracoles! yo no quiero ser secuestrado.

—Esos son amigos.

—¿Sí?

—Ya verás, no tengas miedo, hombre.

Los caballos habían seguido andando, y llegamos á un sitio donde la vereda ensanchaba y allí estaban nuestros dos acompañantes, hablando amigablemente con el *Maduro* y otro que venía con él.

—A la *pá* de *Dio*, *cabayeroz*,—dijo, saludándonos, el *Maduro*, que me pareció el mismísimo demonio.

—Buenas las tengas—contestó Bernabé.—¿Todavía no te ha cogido la guardia?

—Aunque *paeze*... Yo tengo *ziete vías* como *lo gatoz*.

—¿Vienes del cortijo?

—De *ayí mesmo*, y por *zeña* que *on* Juan, *Dio ze* lo pague, me ha *preztao* una jara *pá* una *urgenzia poique zabe* que *zoy prezona* de *rezponzabiliá* y *to* lo que *uzte* quiera. Con que *güen* viaje, *zeñorito* y la compañía, que voy con mi compadre á ver *zi ayegamoz antez é* noche, que tengo á mi *zuegra* con

un *burto zarva zea* la parte y *ze* lo van á *zajá*, y *vamoz* á acompañar *ar zangraor* que ha de *zacarle ezo* á la *agüela*.

Y nos despedimos del *Maduro* que se dirigía á un pueblo vecino donde tenía su casa y su familia.

El *Maduro*, según me dijo Bernabé, era considerado como uno de los más caracterizados secuestradores, y alguna vez había caído preso; pero siempre había salido bien, probando todas las coartades imaginables, y declarando en su favor muchas personas de arraigo y de posición en el país, entre ellas el padre de mi amigo, de quien el *Maduro* se mostraba devotísimo, y cuando tenía una urgencia acudía á él en demanda de una onza ó dos, y D. Juan nunca le negaba su auxilio.

—Conviene más—decía Bernabé—tener al *Maduro* por amigo que por enemigo.

— Pero sabiendo que es un criminal... — observé.

—Pues por eso—repuso Bernabé.

—Y me convenció.

III

Tenía razón Bernabé.

Su pueblo era el paraíso. Poco es cuanto se diga en elogio de aquel bonitísimo pueblo, tan limpio, tan agradable, tan risueño.

El padre de Bernabé llevaba bizarramente sus sesenta y ocho años, y no tenía en la apariencia más de cincuenta. Agil, derecho, sano, lleno de vigor y lozanía, ufanábase de no haber tenido ninguna enfermedad, y aseguraba no haber vuelto á casarse en consideración á su hijo, y porque temía llenarse de chicuelos con quienes habría debido partir su hacienda Bernabé, que si para uno solo era bastante, para repartir con tres ó cuatro ó seis hijos más que hubiera podido tener, habría sido poco para cada uno. Hombre era que paseaba á pie diariamente sus dos leguas, y tales fuerzas tenía que habiéndose caído de la torre la campana, y no habiendo en el pueblo quien la subiera á su sitio, D. Juan, espontáneamente y por hacer favor á sus convecinos dispuso y construyó acabada maquinaria con fuertes maderos y maromas, y él solo, haciendo un trabajo propio de Hércules, logró subir la campana á la torre y asegurarla allí, dejando admirados á todos, y mereciendo por

este rasgo que el señor cura, después de Misa solemne á que asistió el Ayuntamiento, subiera al púlpito y encareciera el acto de religiosidad y de fuerza ejecutado por D. Juan, añadiendo, para demostrar claramente lo bien mirado que era el buen señor por los Santos de la Corte Celestial, que el mismo San Cristóbal bendito le había ayudado en su faena de subir la campana á la torre, pues solo así podía D. Juan haber logrado salir airoso en tan formidable empresa.

Aun sin este rasgo, D. Juan, como ya he dicho, gozaba la mayor popularidad entre sus convecinos, y sobre todo entre los que veían en él un sér superior. Él ayudaba á las familias que se veían en algún apuro, ó mejor dicho, había ayudado á las que necesitaban su auxilio, porque á la sazón ya no había apuros en el pueblo, y todas las familias, con más ó menos hacienda, vivían tranquilas y felices. Don Juan era padrino de la mayor parte de los muchachos del pueblo, y algunas comadres solían decir que de alguno era más que padrino. También lo había sido de muchas bodas, porque D. Juan, según la voz pública, tenía muy buena mano y no se había dado caso de haber desavenencias en un matrimonio que él hubiera apadrinado, porque en cuanto aparecía el más leve síntoma de disidencia ya estaba él allí ofreciendo arrimar un garrotazo al marido, si éste era el culpable, ó á la mujer, si